



SULTANA WAHNÓN

EL NUEVO ANTISEMITISMO

En los últimos años el antisemitismo ha dejado de caracterizar sólo al neonazismo europeo, para convertirse en un fenómeno muy extendido en el mundo arabo-musulmán, donde el rechazo a Israel va casi siempre acompañado del viejo tópico de la conspiración judía, cuando no incluso de argumentos negacionistas. Ya en el mundo occidental, un antisionismo de izquierdas muy radicalizado se ha extendido también de forma espectacular, sobre todo entre la ciudadanía europea. Algo se mueve, pues, en relación con Israel y los judíos, y todo parece apuntar a que se trata de un nuevo antisemitismo o, si se prefiere, de una nueva judeofobia.

Los indicios que hablaban de una nueva violencia antijudía venían acumulándose en las dos últimas décadas: entre otros, el atentado de 1986 contra la sinagoga de Estambul, el de 1992 contra la embajada israelí en Buenos Aires... Y, sobre todo, el terrible atentado, también en la capital argentina, en marzo de 1994, contra la sede central de la Comunidad Judía, la AMIA, que, con cerca de cien víctimas y autoría iraní, fue sin duda alguna el primer gran precedente del 11-S y del 11-M. La situación estalló, sin embargo, en otoño de 2000, coincidiendo con el inicio de la Segunda Intifada y con la difusión mediática de la secuencia, filmada en directo, del niño palestino que murió por un disparo en el curso de los primeros enfrentamientos. Por aquellos días miles de manifestantes musulmanes invadieron las calles de muchas ciudades europeas, coreando lemas que rara vez se habían escuchado en Europa –como «¡Hitler tenía razón!»–, o que hacía mu-

Sultana Wahnon es catedrática de Teoría de la Literatura de la Universidad de Granada.

Cuadernos de pensamiento político

cho que ya no se oían –«¡Muerte a los judíos!»». En Francia, el país donde reside la mayor comunidad judía de Europa, no se trató sólo de manifestaciones, sino de un incremento espectacular de la violencia verbal y física contra los judíos. Los incidentes se multiplicaron: incendios de sinagogas y colegios judíos, agresiones contra ciudadanos franceses por el solo hecho de ser judíos... Gestos de violencia callejera que no se veían en Europa desde el final de la Segunda Guerra Mundial sembraban la alarma entre las comunidades judías de las ciudades europeas, entre ellas algunas españolas, donde por primera vez después de muchos años se había vuelto peligroso ser o parecer judío. Y la gran novedad era, además, que los responsables de los ataques antijudíos no eran ya grupos de la extrema derecha, cabezas rapadas o nostálgicos del nazismo, sino jóvenes de origen árabe-musulmán.

Apenas un año después, en septiembre de 2001, unos días antes de los atentados de Nueva York, tuvo lugar la ya famosa Conferencia de las Naciones Unidas contra el Racismo que se celebró en la ciudad sudafricana de Durban. En aquel momento fue Nadine Gordimer quien dio la voz de alarma: la delegación israelí había tenido que retirarse de la Conferencia debido a lo que la propia escritora calificó como el «salvaje acoso racista al que se vieron sometidos por una verdadera muchedumbre de extremistas musulmanes, tanto de Sudáfrica como del extranjero». Los extremistas, seguía diciendo Gordimer, habían aprovechado el conflicto entre israelíes y palestinos para «exteriorizar un antisemitismo en el que, al mismo tiempo, estaba ausente el más mínimo respeto al debate de otras cuestiones ante la Conferencia» (Gordimer, 2001). Y, aunque por entonces la autora no entró en más detalles, hoy sabemos ya que una de las formas en que el antisemitismo musulmán se exteriorizó fue el póster en el que bajo una foto de Hitler podía leerse: «Si Hitler hubiese ganado, no habría existido Israel y no se habría derramado sangre palestina». La delegación que distribuyó el póster, la Unión de los Abogados Árabes, era, además, la misma que utilizaba su puesto para vender a buen precio ejemplares de los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Lo más curioso fue, no obstante, que, mientras todo esto estaba ocurriendo, la delegación palestina encabezada por Arafat elevó la propuesta de que el sionismo fuera declarado otra vez, como en 1975, una forma de racismo, al mismo tiempo que otro alto responsable de la OLP afirmaba que las prácticas israelíes contra los palestinos superaban «en horror al Holocausto».

Cuadernos de pensamiento político

Al denunciar estos hechos, Nadine Gordimer se constituyó en una de las escasas excepciones a la regla, que por esas fechas, septiembre de 2001, seguía siendo la de disimular y mirar hacia otro lado en todo lo relacionado con el antijudaísmo de procedencia árabe o islámica. Para los pocos que, como la escritora sudafricana, reaccionaron enseguida¹, era ya obvio, sin embargo, que todas esas manifestaciones de hostilidad a Israel y los judíos distaban mucho de ser sólo, como siempre se había pensado que eran, un mero epifenómeno del antisionismo, un elemento más del conflicto árabe-israelí. Y eso por tres razones. En primer lugar, porque los acusados de racistas, imperialistas y colonialistas ya no eran los sionistas, sino en general «los judíos»; en segundo lugar, por las muy continuas referencias que se hacían en el marco de ese renovado antisionismo al «poder judío»; en tercer lugar, y por si lo anterior no hubiera sido suficiente, porque no era en modo alguno normal que en el contexto del antisionismo se invocase a Hitler, al Holocausto, a la necesidad de terminar la obra que el nazismo dejó inacabada, etc.

Se consolidaba así la tesis, enunciada desde hacía tiempo por algunos investigadores y ensayistas, de que un *nuevo antisemitismo* había hecho acto de presencia, de la mano del antisionismo. Para Pierre-André Taguieff, que llevaba defendiendo esta idea desde los ochenta, se trataba, más bien, de una *nueva judeofobia*. Con esta fórmula, que dio título a un libro reciente del mismo autor, Taguieff ha querido establecer una clara distinción, teórica y conceptual, entre lo que se llamó antisemitismo en el siglo XIX y la nueva variante de hostilidad a los judíos elaborada con posterioridad a la creación del Estado de Israel. Pero, además, ha querido también protegerse de dos de las objeciones que suelen hacerse al uso del término «antisemitismo» para referirse a lo que estaría ocurriendo en el presente: la de que también los árabes son semitas –lo que supuestamente impediría hablar de un antisemitismo árabe– y la de que este término nació estrechamente ligado a la cuestión de la diferencia entre las «razas» semita y aria, en tanto que ahora, por contraste con lo que ocurrió en la Europa del siglo XIX, no se trataría de una cuestión racial, sino política e ideológica, i.e., antisionista.

¹ Sería el caso, entre otros, de Caroline Fourest (2001), representante de una ONG francesa que asistió a la Conferencia y dejó también constancia por escrito del espanto que le produjo todo lo que pudo ver y oír allí.

Cuadernos de pensamiento político

En cualquier caso, y con independencia de la fórmula que se elija para caracterizar el fenómeno, la de judeofobia o la de nuevo antisemitismo, lo importante es advertir que se trataría de una aversión y hostilidad a los judíos que ya no se revestiría de la forma del prejuicio racial. Muy al contrario. Este tipo de prejuicio característicamente nazi estaría hoy batiéndose en retirada en Occidente, donde las reacciones de solidaridad con los judíos amenazados por el antisemitismo de extrema derecha son casi siempre inmediatas, y esto ya incluso en España ². Sin embargo, al mismo tiempo que se rechaza de plano el antisemitismo neonazi, se toleran, y a veces hasta se alientan, otra clase de prejuicios que, aun siendo de otra naturaleza y procediendo de otra parte, serían igualmente antijudíos. Tal como advirtió hace ya tiempo Finkelkraut (1982, 177-181), todo ocurre como si las expresiones de odio a los judíos sólo fueran censurables cuando sus portavoces son cabezas rapadas, y se convirtieran, en cambio, en aceptables y comprensibles cuando quien las pronuncia es cualquier individuo inscribible en la categoría genérica de «los oprimidos».

Y eso incluso cuando el oprimido en cuestión dista mucho de ser, en verdad, un desheredado. Piénsese, por ejemplo, en el caso reciente del ex primer ministro de Malasia, Mahatir bin Mohamad. Cuando hace algunos meses el por entonces todavía primer ministro realizó en un foro público sus ya famosas declaraciones sobre el «poder de los judíos» y sobre su responsabilidad en la invención del Comunismo, el Socialismo y la Democracia, éstas fueron tachadas enseguida de antisemitas por algunos de los asistentes al acto y sobre todo por las organizaciones judías que conocieron luego los hechos. Sin embargo, no parece que esto le haya ocasionado grandes perjuicios en sus relaciones con el mundo occidental. Muy al contrario: ha sido precisamente por esas declaraciones por lo que el pasado verano se le invitó a participar en el Fórum de las Culturas, en el marco de un *Diálogo Oriente-Occidente*. A su paso por España, y en entrevista concedida a *El País*, tuvimos ocasión de enterarnos de que, además de

² Recuérdese en este sentido la protesta de los libreros de Valladolid ante la presencia, en la Feria del Libro de mayo pasado, de una librería que vendía obras pronazis, entre ellas los *Protocolos de los Sabios de Sión*. Al respecto se puede consultar el diario *ABC* del domingo 2 de mayo de 2004.

Cuadernos de pensamiento político

poderosos, los judíos eran culpables, culpables de todo, y, en especial, del actual conflicto de civilizaciones ³.

El ex primer ministro se adscribía así a la moda islamista, cada vez más extendida incluso entre los meramente islámicos (caso de bin Mohamad), de atribuir a Israel y a los judíos la responsabilidad de todo cuanto ocurre y ha ocurrido no ya en Palestina, ni sólo en Oriente Próximo, sino en cualquier parte del mundo, y sea lo que sea que haya pasado y pase, desde la destrucción de las Torres Gemelas hasta el reciente asesinato del ex primer ministro libanés, pasando por el sida...⁴ La mayor parte de estas calumnias se originan y difunden en los propios países árabes, desde donde los corresponsales y periodistas occidentales, con su prurito de informar sobre todas las «opiniones» existentes, las extienden al mundo civilizado. Pero, por más que luego siempre acaben desmentidas por las investigaciones, la estrategia cumple su principal objetivo: el de crear un clima de generalizada sospecha hacia Israel, desviando el sentido de la *amenaza* desde el Islam, de donde procede, hacia el país que, precisamente, más la padece.

Aunque el método se usa hoy ya, indistintamente, por islamistas y por no islamistas, y por más que el origen de la estrategia culpabilizadora se remonte, en el mundo árabe, a la temprana fecha de 1951, en que se editaron por primera vez en El Cairo los *Protocolos de los Sabios de Sión* ⁵, habría que convenir en que el actual estado de cosas en relación con este asunto, y en general con la propagación del nuevo odio a los judíos, tiene mucho que ver con la difusión y extensión de que ha llegado a gozar el islamismo. Lo que el fundamen-

³ «Lo que ahora llamamos el choque de las civilizaciones se debe realmente a la creación del Estado de Israel tomando tierra palestina y expulsando a los palestinos», afirmó en el diario *El País* el viernes 2 de julio de 2004.

⁴ El rumor de que los judíos estaban detrás de los atentados de Nueva York partió de un periódico oficial sirio, desde donde se divulgó a todos los países musulmanes. Uno de los que la defendieron hasta el final fue el jeque Yasín, líder de Hamás. Muchos periodistas y articulistas occidentales, entre ellos los españoles Haro Tecglen y Vidal-Beneyto, se hicieron eco del rumor.

⁵ El traductor presentó la obra a sus lectores como un documento fidedigno que les permitiría conocer «el *complot infernal* puesto en práctica por los judíos para corromper el mundo y someterlo enteramente al servicio de sus exclusivos intereses». En la edición de 1967, que gozó de una difusión masiva, el prologuista, un periodista sirio, decía ver en los *Protocolos* un medio para alertar al mundo sobre el «peligro» que representaba Israel: «Yo querría simplemente recordar a los lectores de esta obra la actitud pro-judía y antiárabe adoptada por la mayoría de los pueblos de Europa y de la comunidad cristiana en el mundo en el transcurso de los acontecimientos de junio de 1967, y situarles de nuevo frente al peligro real que representa Israel, no ya sólo para los Árabes y los musulmanes, sino sobre todo para los cristianos y la humanidad entera». Citado en Taguieff (2004,174-175).

Cuadernos de pensamiento político

talismo islámico ha aportado al ya de por sí radical antisionismo árabe y a sus ya de por sí poco tranquilizadores sueños de destrucción, ha sido un completo sistema de pensamiento antijudío, cuyas más profundas motivaciones trascenderían con mucho al mero hecho, coyuntural para esta ideología, de la existencia de Israel. Por supuesto que también para los ideólogos islamistas, al igual que para sus antecesores nacionalistas, la existencia de Israel es un problema, una espina clavada en el corazón del mundo islámico, pero esto no ya sólo porque su presencia haga imposible el sueño de la unidad nacional y territorial árabe, sino sobre todo por una cuestión religiosa y/o cultural de mayor calado y de imposible «solución». En el sistema de pensamiento político-teológico que obtuvo su primera gran victoria en el Irán de Jomeini, las razones por las que Israel y los judíos tienen que ser combatidos *eternamente* y más allá del hecho coyuntural de que Israel exista o deje de existir, son insondables razones culturales y religiosas directamente relacionadas con la *identidad* del Islam. Al igual que los antiguos nazis, los islamistas ven en el judaísmo la encarnación misma, cuando no el origen, de todo cuanto amenaza la supervivencia de esa identidad islámica o musulmana: capitalismo, comunismo, materialismo, ateísmo, democracia, corrupción de las costumbres, igualdad de las mujeres, en suma, *modernidad*. Con sus hábitos y formas de vida plenamente occidentales, tanto los israelíes en Palestina como los judíos en el mundo serían culpables, al igual que Occidente en su conjunto, de contaminar la pureza del mundo islámico, haciendo imposible la empresa de restaurar la unidad de los creyentes y de extender la *verdad* islámica por todo el orbe.

A efectos meramente de política israelí, y puesto que la conclusión de todo esto seguía siendo la de que Israel debía ser destruida, se trataba quizás sólo de un mismo perro con distinto collar; pero a efectos de antisemitismo no era, en modo alguno, lo mismo. Entre otras cosas, porque es a los ideólogos del islamismo, imanes, jeques, ulemas y demás, a quienes se debe que la práctica del insulto *antijudío* haya dejado de ser un fenómeno doméstico, reducido al ámbito de lo privado, para volver de nuevo a la palestra, desde donde ha pasado a formar parte de la vida cotidiana de los países islámicos, sobre todo entre los más jóvenes, para quienes ofender a los judíos sería ya algo completamente normal y habitual. Y el fenómeno se extiende: también en España, y en los últimos tres o cuatro años vuelven a oírse en la calle

Cuadernos de pensamiento político

y hasta en los medios de comunicación viejos insultos que hacía mucho que no se oían.

Insultar a los judíos era algo a lo que imanes y ulemas estaban obligados por la propia lógica del islamismo. Puesto que su fobia a Israel y al judaísmo tenía que apoyarse, como cualquier otra de sus opciones políticas, en la *letra* del Corán, fue a la letra del Corán, y a la del Hadith, a la que estos ideólogos acudieron en busca de las fuentes originarias y primigenias del «inevitable» odio islámico a los judíos, dando así en resucitar una serie de ancestrales prejuicios antijudíos, que, confinados hasta hace poco en los textos de la tradición, son ahora ya parte integrante de *la lengua del Islam*⁶, con un valor, además, de verdades indiscutibles y axiomáticas. Desde la perspectiva de estos «predicadores del odio», los judíos serían, pues, *esencialmente* y sin posibilidad de enmienda (algo, pues, inherente al hecho mismo de ser o nacer judío), rebeldes, mentirosos, descendientes de monos y de puercos, asesinos de profetas y, sobre todo, *enemigos de Alá y del Islam*. Y, puesto que éste es el discurso sobre los judíos que, por apegado a la letra religiosa, se reproduce una y otra vez en muchos de los sermones que se pronuncian en mezquitas y otros foros públicos del mundo islámico, la difusión que han llegado a tener estos motivos judeófobos es exactamente la misma que ha alcanzado la «revolución cultural» del Islam, con el cada vez más mayoritario «retorno» de los musulmanes a las fuentes religiosas de su cultura⁷.

No obstante, los casos en que la nueva judeofobia islamista se presenta en estado puro, como ristra de insultos tradicionales, son muy escasos. Lo habitual es, más bien, encontrarla en abigarrada mezco-

⁶ Con esta fórmula remedo el título del famoso libro de Víctor Klemperer, cuya tesis central es, precisamente, la de que el nazismo se introdujo «en la carne y en la sangre de las masas» a través del lenguaje, es decir, «a través de palabras aisladas, de expresiones y de formas sintácticas que imponía repitiéndolas millones de veces y que eran adoptadas de forma mecánica e inconsciente» (Klemperer, 2001, 31).

⁷ Como ejemplo de esta extraordinaria difusión, citaré aquí algunas de las respuestas que los saudíes dieron a una serie de preguntas sobre los judíos que les fueron formuladas a pie de calle por los encuestadores de un programa de la televisión saudí. A la pregunta «Si un niño te pregunta 'quiénes son los judíos', ¿qué le contestarías?», muchos encuestados respondieron: «Los enemigos de Alá y Su Profeta», «Los asesinos de profetas. Nuestros eternos enemigos, por supuesto», «Los asesinos de profetas, eso es lo que son». Junto a estas respuestas específicamente islamistas, se encontraban otras, más antisionistas (pero sin distinguir entre israelíes y judíos) del estilo de «El judío es el ocupante de nuestra tierra» (Página web del Instituto de Investigación de los media en Oriente Próximo (MEMRI), Serie de Comunicados Especiales, núm. 791, 29 de septiembre de 2004).



Cuadernos de pensamiento político

lanza con los motivos y temas propios del antisionismo, tanto en los sermones religiosos como en los artículos que se publican en la prensa árabe, que siempre contienen muchas y muy claras referencias al conflicto palestino-israelí⁸. El efecto más importante, y más grave, de este explosivo sincretismo ha sido la *esencialización* del conflicto político-territorial que enfrenta hoy a israelíes y palestinos y que, leído ya en clave islamista, no consentiría ninguna clase de solución pactada o negociada –como tampoco la aceptaría el combate que el islamismo libra contra Occidente en general⁹. Todo esto habría desembocado en la configuración de una nueva ideología mixta, la del *nacional-islamismo*, representada por organizaciones terroristas como Hamás, Yihad Islámica o Hezbollah, cada vez más difundida¹⁰, y para la que no cabe, más allá de una tregua de vez en cuando, ninguna posibilidad de compromiso con el «enemigo judío» al que, sencillamente, habría que destruir. O eso o ser destruidos por él: en este nuevo totalitarismo islámico, como en sus predecesores europeos, no hay más alternativa que la derrota o la victoria *total*.

Con premisas como éstas, se entiende perfectamente que la clase política israelí, trátase de Sharon o de Shlomo Ben-Ami, vea muy difícil establecer una paz negociada y, menos aún, definitiva con una Palestina que, al igual que otros rincones del mundo islámico, o inclu-

⁸ A modo de ejemplo, puede servir este extracto del artículo de Fatma Abdallah Mahmoud, «Maldito por siempre», publicado en 2002 en el diario gubernamental egipcio, *Al-Akhbar*: «Estos malditos son la catástrofe de la raza humana. Son el virus de la generación, destinada a una vida de humillación hasta el día del Juicio. También son malditos porque en varias ocasiones intentaron asesinar al profeta Muhammad. Le lanzaron una piedra, pero fallaron su tino. En otra ocasión, intentaron envenenar su comida, pero no lo lograron. Alá los maldijo cuando llevaron a cabo la masacre criminal de los palestinos en Sabra y Chatilla» (cit. por MEMRI, Serie de Comunicados Especiales, núm. 375, 3 de mayo de 2002).

⁹ Transcribo aquí un fragmento de un sermón pronunciado en una mezquita palestina y emitido en directo por la televisión oficial de la Autoridad Palestina. El sermón fue pronunciado en marzo de 2004 por el jeque Ibrahim Muderis, empleado del Ministerio de Asuntos Religiosos de la Autoridad Palestina, y el pasaje que reproduzco ilustra perfectamente sobre los métodos de *esencialización* del conflicto: «Desde que Alá creó esta vida, hay conflicto entre la Verdad y la Falsedad, una continua batalla entre el bien y el mal, y una constante lucha entre aquellos que son buenos y aquellos que son malvados. En esta tierra santa presenciamos uno de los capítulos de esta batalla santa, la batalla entre la Verdad y la Falsedad. Nosotros somos los buenos, el pueblo de la Verdad que la defiende con nuestra sangre y almas. Defendemos nuestros derechos, defendemos nuestra tierra y nuestros lugares santos. Por otra parte, nuestros enemigos son malvados, gente falsa que combate usando la espada de la Falsedad. Les ganaremos, porque la victoria será de la Verdad, Alá que lega» (MEMRI, Serie Comunicados Especiales, núm. 683).

¹⁰ En esta extraordinaria difusión desempeñan un papel muy importante los canales de televisión por satélite que, como Al-Yazira, llegan a millones de espectadores musulmanes de todo el mundo. Más grave sería todavía el caso del canal Al-Manar, directamente vinculado al Hezbollah libanés, cuyas emisiones fueron prohibidas hace poco en Francia por su contenido «escandalosamente antisemita».



Cuadernos de pensamiento político

so mucho más, estaría, en estos momentos, completamente condicionada y sometida a las exigencias de los grupos islamistas, como lo prueban, entre otras cosas, el apoyo entusiasta de las masas a Hamás, la reciente aparición de las Brigadas de los Mártires de Al-Aqsa, vinculadas a Al-Fatah pero completamente imbuidas ya de ideología nacional-islamista, o la impotencia de la elite intelectual para contener la deriva islamista de la causa palestina. Todo ello, unido al particular sistema de adoctrinamiento antijudío en las escuelas al que la Autoridad Palestina ha venido dando hasta ahora el pomposo nombre de «educación», dibuja un panorama bastante turbio del que parece difícil salir de verdad, es decir, con auténticas perspectivas de convivencia pacífica, sin una previa transformación cultural e ideológica del mundo arabo-musulmán. Una transformación por la que apuestan, entre otros, algunos intelectuales progresistas pertenecientes a ese mismo mundo, como el tunecino Abdelwahab Meddeb, que en *La enfermedad del Islam* ha sometido a crítica racional los fundamentos del islamismo; o como el opositor iraní Amir Jahanchahi (2004), que ha alertado sobre la necesidad cada vez más urgente de derrocar al régimen islamista que gobierna en su país desde 1979. Por desgracia, estas voces disidentes del mundo islámico no siempre encuentran el eco que sería de esperar entre sus homólogos, los intelectuales progresistas de Occidente.

Y es que el *nuevo antisemitismo* o la *nueva judeofobia* no es algo que sólo concierna a los árabes o a los musulmanes. Atañe también a la versión occidental del antisionismo, es decir, a lo que hasta hace poco se conocía como *antisionismo de izquierdas*. Tal como su nombre indica, el antisionismo occidental nació, al igual que su homólogo árabe-palestino, como reprobación del sionismo y, por tanto, del hecho mismo de la existencia de Israel. Sólo en las últimas décadas, y por efecto del mutuo reconocimiento entre Israel y la OLP, la temática antisionista empezó a redefinirse como crítica (siempre, eso sí, implacable) de la política israelí en lugar de como simple y llano rechazo o cuestionamiento de la existencia misma del Estado. En el momento presente, en cambio, y al socaire de las propias oscilaciones palestinas, una buena parte del antisionismo de izquierdas habría regresado a su hábitat natural, retomando así la vieja condena del sionismo propiamente dicho, aunque con importantes novedades respecto de la que se estilaba en los años setenta.

Cuadernos de pensamiento político

En lo que respecta al antisionismo intelectual, la principal novedad reside en que sus argumentos no se extraen ya sólo de las obras de autores árabes como Edward W. Said u occidentales como Chomsky, sino también de autores ellos mismos israelíes: en versión judeófoba, caso de Israel Shahak, o simplemente antisionista, caso de los partidarios de la «solución binacional», como Michel Warschawski, o de los *nuevos historiadores israelíes*, que, como Ilan Pappé o Benny Morris, han revisado la versión oficial de la historia de Israel y propuesto una versión más coincidente con la de los propios palestinos. Precisamente por proceder de fuentes israelíes, este nuevo antisionismo goza todavía de mayor credibilidad que el anterior, lo que en parte explica el actual exacerbamiento de la temática reprobatoria, con ese nuevo y especial énfasis en lo que ya se conoce como el «pecado original» de Israel.

En lo que respecta al antisionismo popular y su versión mediática, son varias las novedades. En primer lugar, este tipo de antisionismo sería cada vez más pasional y menos intelectual. O, si se prefiere, cada vez más poético y menos teórico. Cuando se trata de Israel y Palestina, lo habitual es renunciar por completo a los cauces de la argumentación racional para seguir las sendas, mucho más cómodas, de la retórica. Por lo mismo, el antisionismo que se ha generalizado en los últimos años, lejos de ser rico en razones, siquiera sea discutibles, lo es sobre todo en metáforas: la de las piedras de David y los tanques de Goliat, la de Barak-Hitler, la de Sharon-Herodes, la de Ramallah-Auschwitz, la de la «sagrada familia» palestina, etc. Gracias a su difusión mediática, todas estas imágenes literarias forman parte ya de la vulgata pro-palestina en auge entre una gran mayoría de ciudadanos europeos. Y, junto a las metáforas, ese tono invariablemente indignado tras el que se adivina la intensa afectividad de esta nueva *pasión* antisionista, es decir, de lo que ya, más que un pensamiento, sería sobre todo un *sentimiento* antisionista.

En segundo lugar, estaríamos ante un antisionismo que, lejos de ser, como a veces pretende, crítica legítima de la política israelí, se caracteriza –precisamente por cuanto que se trata de *antisionismo*– por la condena *a priori* de toda decisión adoptada por Israel, cualquiera que ésta sea. Da lo mismo que se trate de ocupar Gaza, como de retirarse de Gaza: la militancia antisionista tiene siempre motivos para

Cuadernos de pensamiento político

cuestionar de entrada todo lo que hace Israel, del que se desconfa instintivamente, como dando por sentado que detrás de cualquier cosa que emprenda se ocultarían siempre segundas intenciones, nunca buenas. Naturalmente, lo que subyace a esta tendencia compulsiva a sospechar de Israel es la previa *criminalización* del sionismo operada a lo largo de medio siglo: dadas las premisas, se entiende que no se espere nada positivo de lo que, en esencia y *a priori*, sería completa y radicalmente negativo, esto es, de un movimiento racista, imperialista y colonialista, que ahora, además, se percibe como infligiendo un terrible sufrimiento a los palestinos. El reverso de este apriorístico antiisraelismo sería el pro-palestinismo incondicional, el mismo que, para poder seguir existiendo como tal en los últimos años, ha tenido muchas veces que cerrar los ojos ante la evidencia.

En tercer lugar, el nuevo antisionismo se parecería cada vez más al arabo-musulmán, en el sentido de que ya habría empezado él también a no distinguir entre sionistas, israelíes y judíos. Es verdad que, hasta ahora, esta actitud se diría mucho más generalizada entre la militancia que entre la *intelligentsia* mediática, por lo general más cautelosa en cuanto a la necesidad de distinguir, al menos por escrito, entre judíos y sionistas. Pese a ello, en estos últimos años y a raíz del estallido de la Intifada, habría habido más de un caso en que prestigiosos escritores conocidos por su incondicional palestinofilia habrían empezado a escribir discursos contra «los judíos», a quienes han acusado de racistas, de tener demasiado poder en el mundo, o hasta de parecerse demasiado al Dios «cruel» y «vengativo» del Antiguo Testamento. En general, una buena parte de la ciudadanía europea vuelve a ver en los judíos, como otrora hacía el antisemitismo, a los representantes de una entidad única, tan intrínsecamente negativa, por demás, como el propio sionismo.

Lo que todo esto quiere decir es que el antisionismo occidental se habría recrudecido, acentuando tendencias que ya latían en su interior desde hace muchos años, pero que hasta ahora no habían osado salir a la superficie. Para explicar el actual enconamiento de la temática antiisraelí, se barajan hoy varias hipótesis, todas ellas quizás conciliables entre sí. La primera es la más sencilla. Según esta teoría, la metamorfosis del antisionismo sería una respuesta a la demanda de sentido y de causas con capacidad de movilizar que viene experimen-

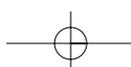


Cuadernos de pensamiento político

tando la izquierda desde la caída del muro de Berlín y del comunismo soviético. Aunque despojados ya del ideal de la «Revolución», los antisionistas de izquierda seguirían orientándose por el mito revolucionario de la tradición comunista, y un Israel convertido, junto con Estados Unidos, en enemigo absoluto, resulta por ello muy útil a la hora de encauzar a los nuevos rebeldes sin causa, reconduciendo hacia otro lugar que ya no sería «el capitalismo» esa compulsión a la crítica y a la protesta sistemática sin la cual la izquierda deja de merecer ese nombre. De ahí, quizás, que antisionismo y antiglobalización sean hoy ya prácticamente sinónimos.

La segunda hipótesis es algo más compleja, y tiene que ver con lo que se conoce como la *islamización* del antisionismo. Desde esta perspectiva, el punto de arranque no fue la caída del muro, sino la Guerra del Golfo, y lo que ocurrió fue que a partir de este corto episodio bélico el antisionismo occidental empezó a contagiarse de las versiones islamistas y, por tanto, judeófobas, del antiisraelismo, de donde la cada vez más radical demonización de la tríada judíos-israelíes-sionistas en los medios izquierdistas, así como la deriva antijudía, con su característica propensión a culpar a los judíos y no ya sólo a los sionistas de todo cuanto ocurre en el mundo –o, cuando menos, a prestar crédito a quienes lo hacen. Por efecto de la presión ejercida por la nueva ideología mayoritaria en Palestina, la nacional-islamista, esos incondicionales pro-palestinos que son los escritores de izquierda y, en general, los periodistas y corresponsales occidentales, acaban asimilando las nuevas formas de oposición a Israel, reproduciéndolas luego acríticamente –tal como lo hizo, por ejemplo, Saramago, al comparar Ramallah y Auschwitz justo minutos después de haberse entrevistado con la plana mayor de la Autoridad Palestina.

La tercera hipótesis es todavía más compleja, y se debe sobre todo a Finkelkraut. Para este autor, que también ha detectado la existencia de un *nuevo antisemitismo* en Occidente, pero muy en especial en Europa, éste no sería, sin embargo, un mero fenómeno de contagio del Islam, sino algo derivado de la propia lógica del *progresismo europeo* –concepto que abarcaría ya bastante más que la izquierda y la extrema izquierda. Por extraño que esto pueda parecer, el nuevo antisemitismo tendría que explicarse entonces a partir de las categorías del *antirracismo* y la *antixenofobia*. Como se sabe, estas dos categorías, ele-



Cuadernos de pensamiento político

vadas hoy ya a principios básicos de la convivencia europea, se habrían ido constituyendo, a lo largo de las dos últimas décadas, en torno precisamente a la memoria del nazismo y del valor paradigmático de Auschwitz como encarnación del mal radical, todo ello complementado con una ya muy conocida reflexión sobre la «alteridad» y la «diferencia» que tendría mucho que ver también con el judaísmo, por cuanto inspirada en gran medida en la filosofía de Levinas. A base de recordar Auschwitz y de invocar al Otro, se habría, pues, arribado a ese nuevo humanismo tolerante, solidario, hospitalario e integrador que se identifica hoy con el *humanismo europeo* o, más aún, con la idea misma de *Europa*.

A partir de estos nuevos patrones culturales, lo que habría ocurrido sería lo siguiente. Tanto Israel, con su obstinación en seguir existiendo como Estado mayoritariamente judío, como los judíos en general, con su empeñamiento en seguir siendo tales y, además, en defender a Israel, se habrían situado a contracorriente de la nueva forma judeo-europea de pensar, dando lugar así a una paradoja histórica: si en la Europa anterior a Auschwitz se estigmatizó al judío por errante, apátrida, cosmopolita, plurilingüe y pluricultural, ahora, en la Europa posterior a Auschwitz y pro-judía, se le estigmatiza por todo lo contrario, es decir, por apegado a la tierra y a la sangre, por nacionalista, por demasiado vinculado a una *identidad nacional*. O, dicho de otro modo, por no ser ya judíos: por lo menos, no como «los de antes». Lo que la nueva judeofobia europea tiene, pues, en contra de los judíos no es ya que con su presencia en suelo europeo corrompan la identidad alemana o la francesa, sino, a la inversa, que no asuman la nueva querencia de la Europa comunitaria por las identidades intercambiables. Y, sobre todo, que a consecuencia de esto, de este nacionalismo *a destiempo*, estén cometiendo el grave pecado de racismo, al negarse a aceptar como conciudadanos a esos millones de palestinos en los que el imaginario europeo se empeña en ver al Otro de los israelíes, traduciendo así a términos domésticos, de convivencia con el «diferente», lo que no es sino un conflicto político-territorial entre dos naciones. La conclusión de este falaz razonamiento, cuyo mayor defecto, como dice Finkielkraut, reside en no ser capaz de distinguir entre el Otro y el *enemigo*, es por supuesto una radical condena de Israel y de la ideología que lo sustenta, el sionismo, en la que este nuevo *islamo-progresismo* cree haber detectado

Cuadernos de pensamiento político

la forma contemporánea del racismo y, por ende, el legítimo heredero del nazismo ¹¹.

Se entiende, pues, que todas las versiones actuales de la judeofobia acaben encontrándose, por un camino u otro, en el denominador común del rechazo del sionismo y de Israel. Pero no sólo en él. En el momento actual se constatan múltiples cruzamientos y confluencias de las diferentes temáticas judeófobas, lo que, según Taguieff, apunta a que se estaría constituyendo una especie de discurso político híbrido, mezcla de revolucionarismo marxista, de progresismo antirracista, de neocristianismo humanitario, de nacional-islamismo, de negacionismo de extrema derecha, etc. Este hibridismo sería, me parece, especialmente perceptible en la judeofobia islamista y en el antisemitismo de extrema derecha, que, tratándose de judíos, no dudan en apropiarse de todos los códigos ideológicos, por irreconciliables que éstos puedan ser entre sí: desde el lenguaje de corte marxista-leninista que denuncia el «imperialismo sionista», hasta el de corte nazi que se inspira en los *Protocolos de los Sabios de Sión* para hablar del «complot judío», sin olvidar, por supuesto, las referencias a Hitler o al Corán, indistintamente. Y lo mismo que ocurre con los códigos, ocurre con los argumentos: se puede, por ejemplo, negar el Holocausto al mismo tiempo que se afirma, a veces incluso en el interior de un mismo discurso, que los palestinos sufren hoy un «nuevo Holocausto» ¹². La incoherencia no es ningún obstáculo para ese *delirio paranoico* en que consisten, en esencia, tanto la ideología del nazismo como la del nacional-islamismo.

Aunque en menor medida, las otras versiones de la judeofobia actual también se prestan a contactos e intercambios con ideologías di-

¹¹ A partir de la premisa del carácter aberrante del sionismo, no se repara en que en Israel conviven en igualdad de derechos diversas etnias, colores, culturas, y hasta religiones, incluidos un millón de árabes, sin que la xenofobia sea hasta ahora un problema que quite el sueño a las autoridades. A la hora de condenar a Israel por racista, tampoco se repara en la realidad política de los países árabes, donde prácticamente no quedan ya judíos, y donde, cuando quedan, como en Marruecos, son uno de los blancos predilectos de la violencia islamista.

¹² Esta doble y contradictoria afirmación era, por ejemplo, el contenido del artículo que en julio de 2004 publicó en un periódico egipcio el Dr. Rif at Sayyed Ahmad, director del «Centro de Investigación de Jaffa» de El Cairo. El artículo llevaba por título «La mentira de la incineración de los judíos», y en él se afirmaban las dos cosas al mismo tiempo: que el Holocausto era una mentira, y que la «matanza a sangre fría de niños, hombres y ancianos indefensos en Palestina hoy» era un «nuevo nazismo» (MEMRI, Serie Comunicados Especiales, núm. 782, 10 de septiembre de 2004). La difusión de este artículo por MEMRI provocó una controversia pública en Egipto, cuyo resultado fue la dimisión del redactor jefe del periódico que admitió su publicación.

Cuadernos de pensamiento político

ferentes e incluso opuestas, lo que hace que los diferentes motivos antijudíos presenten un grado muy elevado de movilidad, yendo de aquí para allá, como auténticos motivos *errantes*. Por lo mismo, más que de un *discurso*, como hace Taguieff, podría quizás hablarse de una *actividad discursiva*. Definida en términos estructuralistas, la nueva judeofobia consistiría, entonces, en un proceso incesante de fabricación y reciclaje de sentidos antijudíos y antisionistas, proceso estructurante pero nunca definitivamente estructurado, en el que lo de menos sería el contenido concreto de las imágenes y los estereotipos, siempre circunstanciales, y lo de más, la *maquinaria* misma que se ha puesto en marcha con la principal función o finalidad de arrojar sobre Israel y los judíos todas las culpas, las suyas y las ajenas.

BIBLIOGRAFÍA

- Avilés, J. (2003): «Terrorismo y antisemitismo», *Real Instituto Elcano*, Área de Terrorismo Internacional, 1 de diciembre.
- Finkelkraut, A. (1982): *L'avenir d'une négation. Réflexions sur la question du génocide*, Seuil, París.
- , (2003): *En el nombre del Otro. Reflexiones sobre el antisemitismo que viene*, Seix Barral, Barcelona.
- Fourest, C. (2001): «Journal de bord sur la Conférence de Durban contre le racisme», *ProChoix*, núm. 19, octubre.
- Gordimer, N. (2001): «Librémonos de este mal», en *El Mundo*, 26 de septiembre.
- Jahanchahi, A. (2004): «Irán: hacia un nuevo Múnich nuclear», en *El Mundo*, viernes 8 de octubre.
- Kepel, G. (2001): *La Yihad. Expansión y declive del islamismo*, Península, Barcelona.
- Klemperer, V (2001): *LTI. La lengua del Tercer Reich*, Minúscula, Barcelona.
- Meddeb, A. (2003): *La enfermedad del Islam*, Galaxia Gutenberg, Madrid.
- Taguieff, Pierre-André (2002): *La nueva judeofobia*, Gedisa, Barcelona.
- , (2004): «Invention et réinventions du mythe des 'Sages de Sion'. De la 'conspiration juive' au 'complot sioniste mondial' dans le monde arabo-musulman», en *Revue d'histoire de la Shoah*, núm. 180.
- Todorov, Tzvetan (1995): *Los abusos de la memoria*, Paidós, Barcelona.
- VV.AA. (2004): *Antisémitisme et négationnisme dans le monde arabo-musulman. La dérive*, *Revue d'histoire de la Shoah*, núm. 180, enero-junio.

Nueva Revista

la cultura al día,
la actualidad bien pensada

Si «los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo» (*Tractatus*, 5.6), los ensayos, poemas y relatos de *Nueva Revista* buscan ampliar el horizonte de comprensión de la actualidad para lograr una lectura sin fecha de caducidad.

Nueva
Revista

www.nuevarevista.com

Nueva
Revista

PRESIDENTE
Antonio Fontán

DIRECTOR
Rafael Llano

Nueva Revista
Javier Ferrero, 2
28002 Madrid
Tel.: 91 519 97 56